

WARHAMMER
40,000

AARON DEMBSKI-BOWDEN

BLACK LEGION

timunmas

UNA NOVELA DE WARHAMMER 40.000

AARON DEMBSKI-BOWDEN

BLACK LEGION

LIBRO 2 DE LA SERIE BLACK LEGION

timun**mas**

Título original: *Black Legion*

Traducción: David Heredia (Traducciones Imposibles, S.L.), 2020

Black Legion © Copyright Games Workshop Limited 2018.

Black Legion, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo * o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo. Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2018 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2020.
Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Raymond Swanland

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0794-5
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B. 24.456-2019

Impreso en España
Printed in Spain

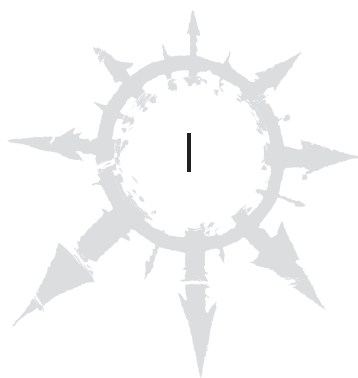
No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conflicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

La espada de mi hermano	27
El borde del infierno	151



ARMAS

—Khayon, sé que estás aquí. Huelo tu hedor a perro.

La voz de Daravek sonaba oxidada, una mezcla entre corrosión y podredumbre. —Muéstrate, acabemos con esto.

Estaba pidiendo mucho, casi siempre una señal de desesperación en un guerrero. Me atreví a pensar que el control de la situación se le escapaba de las manos y que retarme así era la única forma en que podía intentar reafirmar su dominancia.

A nuestro alrededor, y sobre nosotros, las sirenas hacían sonar la alarma. Llevaban así varios minutos. En defensa de Daravek, hay que decir que lo había hecho muy bien aguantando tanto tiempo.

Pero ya le tenía. Al fin, le tenía. Esta noche llevaría sus huesos a mi señor Abaddon.

Thagus Daravek era un monstruo inmenso, hinchado por el favor de sus dioses patronos. La mugre mojada manchaba las placas de su armadura de batalla, sellando las juntas con una masa de inmundicia biomecánica. La ceramita del torso y una de las piernas estaba abollada por la hinchazón y la fusión de la carne que cubría, y unos cuernos de bronce atravesaban la magullada protección. Las espinas de bronce eran venosas, parecían vivas, y sangraban trombos de promethium. Las alas de buitre que se alzaban con desigual majestuosidad desde sus hombreras daban la impresión de ser solo palos temblorosos a pesar

de su tamaño, con plumas y huesos molidos ardiendo en las llamas sin calor del fuego disforme. Espectros, o cosas que lo parecían, surgían de esas mismas llamas.

—Está aquí —dijo Daravek, con voz baja y profunda, mientras avanzaba. Sus ojos amarillentos pasaban de guerrero a guerrero entre los miembros de su guardia de élite. La sangre decoraba su cara por las muertes que había provocado hasta el momento. Burbujeaba, disolviéndose lentamente la cuchilla activa de su hacha. —Sé que está aquí, cabalgando sobre vuestros huesos. ¿Cuál de vosotros ha sido lo bastante débil como para caer ante los trucos de ese perro?

Incluso alejando mi consciencia del riesgo de ser descubierto, incluso disolviendo mi esencia para hacerla más fina que la niebla y llevarla hasta la sangre de mi cuerpo, sentí una cuchillada de irritación al escuchar la palabra «truco», mascullada en gótico con el fuerte acento de la vida en los altos de Barbarus.

Pero este no era el momento de corregir la ignorancia del guerrero.

—¿Has sido tú, Symeos? —preguntó a uno de sus soldados. La cámara de metal resonó a nuestro alrededor. Las estatuas de las encarnaciones del Señor de la Putrefacción y el Gran Mutador temblaron con el movimiento del asalto a la fortaleza. Symeos inclinó su cabeza, exponiendo su cuello ante la espada de su maestro.

—Jamás lo haría, mi señor Daravek.

Daravek movió su hacha hasta otro de sus soldados más cercanos. Algunos compartían los mismos rasgos que su señor, la hinchazón mórbida de la enfermedad preternatural, la corrupción expandida sobre sus armaduras antaño prístinas. Pero este no; parecía fúnebre en un sentido más consumido y cadavérico. Se lo notaba demacrado, había en él algo que hablaba de tumbas aún por profanar en la tierra, decorado con el polvo acumulado de siglos y siglos.

—¿Ilyaster? —preguntó Daravek—. ¿Has sido tú, hermano?

—No, mi señor —dijo Ilyaster con el horrendo sonido rasgado de su voz. No llevaba casco y las palabras dejaban a su paso un hedor a podrido a través de sus dientes ennegrecidos.

Daravek pasó al siguiente soldado. A mí. Sus ojos se posaron en los míos, con su tóxica respiración acariciando mi cara. —Tychondrian —dijo—. ¿Qué hay de ti, hermano?

Yo también iba sin casco. Gruñí a través de una boca que apenas podía cerrar por la longitud de mis colmillos desiguales.

—No, mi señor.

La fortaleza se sacudió de nuevo con otro temblor titánico. Daravek se alejó, riendo, a carcajadas. —Sois una panda de inútiles que podríais estar mintiendo. Pero no importa, el día está lejos de terminar. Tenemos que salir a órbita. Iremos allá donde ese perro de Abaddon no pueda perseguirnos.

Fui un miembro clave en el nacimiento de la Black Legion, pero lo cierto es que estuve ausente en muchas de las batallas que propiciaron su génesis. Mientras mis hermanos combatían y luchaban por sobrevivir, yo trabajaba desde un aislamiento que rozaba el exilio. No puedo decir que nunca sintiera un poco de resentimiento contra Abaddon por esto, pero siempre entendí la razón. Cada uno juega el papel que mejor se le da, y entonces no necesitaba otro general ni otro guerrero. Lo que necesitaba era un asesino.

No es un papel extraño para las almas de gran fuerza física entre las Nueve Legiones. Poseemos talentos y destrezas que hacen del asesinato una especialidad. En un mundo donde el engaño y la muerte están plagadas de millones de consideraciones poco naturales —donde el sigilo y un rifle de francotirador son prácticamente inútiles; donde las leyes físicas apenas se aplican; donde cada enemigo tiene una resistencia preternatural al veneno y la ponzoña— aquellos con el poder de remodelar la realidad se convierten en estupendos asesinos.

El uso del Arte, manipulando la materia de las almas, permite sobrepasar esas limitaciones. Un guerrero que quizá nunca logre superar a sus hermanos con una espada puede llegar a someter a los demonios a voluntad. El mismo guerrero, que puede ser mediocre con un bólter y que no tiene méritos por su valor o su destreza, puede reescribir las mentes de sus enemigos con sus propios deseos. Un tirador que ha aprendido hasta el último detalle de su objetivo puede intentar predecir las acciones del enemigo, pero un hechicero que ha visto su alma sabe hasta el dato más oscuro sin tener que recurrir a conjeturas. Y si das credenciales a esas cosas, el hechicero puede haber caminado los caminos del destino y haber visto futuros posibles y probables, manipulando los eventos para hacer realidad los fines deseados.

Pero si hago que esto suene sencillo, entonces estoy desmereciendo el trabajo de los ejecutores. La mayoría de estos trabajos requieren un esfuerzo monumental. Muchos son imposibles sin la ayuda de aliados y

aprendices, yo mismo los he usado en abundancia a lo largo de los milenios. Sin embargo, hay ocasiones en que trabajo solo, y aquellos hechiceros capaces de tales gestas tienen que ser psíquicos de fuerza inmensa. No lo digo a la ligera. Mi reputación entre las Nueve Legiones es bien merecida y hay muy pocos hechiceros capaces de igualar mi poder. Muchos de ellos suelen malgastar sus talentos en tonterías de poca fiabilidad como la precognición y la profecía. Un desperdicio realmente trágico. Hay quien dice que las mejores espadas son aquellas que nunca se desenvainan, y hay cierta sabiduría en esa forma de pensar. Pero el poder está para usarlo, para probarlo y refinarlo, no para dejar que se marchite.

Ya me habrás oído hablar antes de Ahriman. Sé que conoces su nombre por sus muchos ataques en el Imperio. Mi hermano, mi ingenuo pero admirablemente honesto hermano, Ahzek Ahriman, me contó una vez que es el único en las Nueve Legiones capaz de superarme en talento con el Arte. Tiene la costumbre de mezclar la humildad con la arrogancia, cuando no con la manipulación.

No puedo respaldar la veracidad de sus palabras. En mis largos años de vida, aunque casi todos mis rivales hechiceros yacen muertos ya, unos pocos han estado a punto de matarme. Hay otros con los que desearía no volver a encontrarme nunca, y algunos con una reputación tanto o más grande que la mía.

En los primeros años de nuestra Legión, realicé mi trabajo como se esperaba. Mis nuevas tareas para Abaddon requerían una abrumadora cantidad de preparación y alcancé esos requisitos sin perder de vista nuestro objetivo.

Nunca he sido rápido con mi trabajo. Aunque muy concienzudo, eso sí. Cuando Abaddon necesitaba celeridad, enviaba guerreros o naves para llevar a cabo su voluntad. Cuando necesitaba precisión, cuando quería dejar claro un mensaje o que alguien aprendiera la lección, entonces me enviaba a mí.

Cuando Abaddon me pidió que quería ver muerto a Daravek, sabía que no debía esperar ninguna introspección profunda sobre cómo esperaba que cumpliera la misión. Siempre me correspondió a mí estudiar al objetivo, asegurarme de las consecuencias de varios métodos de ataque y conseguir el mejor resultado para nuestros ejércitos y los monarcas que nos lideraban.

Abaddon esperaba resultados. Cualquiera de los de Ezekarion que requiriera pasar por el agotador esfuerzo de recabar información, que

fuera incapaz o reticente a preparar planes de batalla por él mismo, sería descartado o destruido por inútil. Lo mismo se aplicaba a los jefes, subcomandantes y paladines que engrosaban los rangos de oficiales por debajo de nosotros.

Esto tenía un doble propósito. Por un lado, aunque lidera las batallas más importantes de la Black Legion y supervisa nuestro funcionamiento, Abaddon obliga así a sus oficiales y guardaespaldas de élite a adaptarse constantemente y a actuar por iniciativa propia.

Por otra parte, no menos vital, está la confianza. Delegando en sus hermanos más cercanos estos sabían que tenían su confianza. El resto de la Legión, y el total del Ojo en sí, lo sabía también. El Ezekarion habla con la voz de Abaddon. Todos y cada uno de nosotros obedece a su autoridad. No se puede describir cuán exultante es el efecto que tiene en la moral de los soldados.

Mi deber como espada silenciosa de Abaddon me llevó a esta fortaleza de Thagus Daravek, Señor de Esto, Maestro de Aquello, Ejecutor de lo Otro y otros tantos títulos que me niego a reproducir incluso milenios después para no agotarme. Pero hay uno que importa más que los otros y es el que voy a usar: el de autoproclamado Señor de las Huestes.

Nos desafió siempre que pudo, era un guerrero que quería acabar con Abaddon, y por tanto fue sentenciado a morir. Nuestros emisarios siempre llegaban al territorio de otros guerreros solo para descubrir que ya habían jurado lealtad a Daravek. Nuestras flotas se trasladaban a otros sistemas solo para encontrarse con una de sus emboscadas.

Los de Ezekarion, y los ejércitos que comandábamos, llevábamos tiempo diezmando las Legiones, acabando con ellos mientras luchábamos por nuestro derecho a existir. Nadie nos combatió con tanta ferocidad como la Death Guard, ni tampoco hubo ningún guerrero tan impetuoso, ni peligroso, como Daravek, el llamado Señor de las Huestes. Un título apropiado. En más de una ocasión, reunió flotas compuestas por bandas de distintas Legiones, solo con el propósito de impedir nuestro auge. Aun así, siempre logró evitar el enfrentamiento directo con Abaddon. Siempre se mantenía un paso por delante de nosotros, negándose a ponerse a tiro de los cañones de la *Espíritu Vengativo*.

Por cada victoria que ganábamos derramando la sangre de sus guerreros, nos robaba una a nosotros. Tenía que morir.

Yo fui el instrumento de Abaddon. Costó meses de vigilancia, espera, sigilo y predicciones localizar su mundo santuario, y también me acompañó un poco la suerte. Los traidores en sus filas estuvieron dispuestos a trabajar conmigo. No podía fallar. No *iba* a fallar. No esta vez.

Daravek y su banda guerrera reclamaban un mundo de dolor calcificado. Pese a la locura de esas palabras, no eran mera palabrería ni una simple metáfora. La corteza del planeta estaba formada por exhalaciones de tortura, sueños terroríficos y los ecos agónicos de humanos y eldar de toda una eternidad, todos sangrando por la disformidad y abandonados en un frío paisaje de huesos destrozados y amontonados.

Esta visión me habría dejado atónito durante mis primeros años en el Ojo. Sin embargo, al deambular por la superficie de este mundo, no me quedé sorprendido ni maravillado. Tenía la mente en otra parte, enfrascada en otras dificultades. Esta era la quinta vez que intentaba acabar con Daravek. Por útil que le fuera a Abaddon, su paciencia también conocía límite.

—Kulrei'arah —Nefertari me había informado antes de emprender la misión. Ese era el nombre que había tenido este planeta cuando formaba parte del imperio de los eldar.

Nosotros no teníamos nombre para él. No merecía uno.

Si tocabas el suelo óseo con las manos desnudas, podías sentir las fútiles y vacías reflexiones de los soñadores y sufridores cuyo tormento había formado este lugar. Incluso sin tocar la tierra se podía oír el murmullo creciente de la superficie agrietada y maloliente por el tuétano.

¿Qué retorcida imaginación habría conjurado la existencia de un planeta así? ¿Era esta la idea de Daravek, una obra abominable hecha a imagen de sus deseos? ¿O era simplemente la descarga etérica del Ojo tomando forma? ¿El residuo de la disformidad cambiando un mundo sin voluntad que lo guiara?

En cualquier caso, comparado con otros mundos ocupados por demonios, hay que decir que el clima y el paisaje de esta esfera sin nombre eran muy apacibles. En Sortiarius, hogar de mi antigua Legión, llueve la sangre ardiente de todo mentiroso que respira. En la época de tormentas, esta tempestad sanguinolenta es lo bastante ácida como para disolver la ceramita. Algunos dicen que es cosa del subconsciente rebelde de Magnus el Rojo, flagelándose por sus pasadas tropelías. No

sabría decir cuál es la verdad sobre el asunto, pero parece una explicación apropiada para mi padre, dado su carácter atribulado.

Ya sea por la corrosión preternatural o la agitación, algunas partes de la superficie de este mundo sin nombre se han visto reducidas a desiertos o polvo de huesos. Era en uno de estos océanos de arena esquelética donde se hallaba la fortaleza de Daravek, medio enterrada en el polvo de pesadillas erosionadas. Sus torres torcidas se alzaban hacia el cielo, rodeadas por una niebla toxiquímica. Unos monstruosos conductos industriales a los lados de cada torre exhalaban el gas venenoso extendiéndolo por el desierto circundante, ofreciendo así otra línea de defensa. Pese a todo, el bastión seguía siendo lugar de peregrinaje para los hombres bestia y los mutantes que poblaban este mundo: sus cuerpos, con grados variables de decrepitud, yacían a miles sobre el desierto. Este elemento me fascinaba. ¿Qué llevaría a esas criaturas a realizar tal peregrinaje que llevaba a una muerte casi segura? ¿Qué pensaban aquellos pocos lo bastante fuertes como para soportar la niebla venenosa que les esperaba dentro de los muros de la fortaleza?

Me llevé varios de los cadáveres para estudiarlos con detenimiento. Hablando con los retazos de sus almas, sus lamentos piadosos me dieron a entender que habían abandonado sus tribus subterráneas y marchado hacia el castillo de Daravek, hecho con hierro oxidado, con la esperanza de mejorar entre sus filas. No sería el primero en intentar pervertir el proceso de implantación de semillas genéticas en mutantes, adultos o de cualquier otro tipo, pero los informes de éxito alterando el proceso ritual del Emperador eran (y siguen siendo) tan escasos como te imaginarás.

Después de cada invocación, envainaba mi cuchillo *jamdhara*, devolvía los espectros aullantes de vuelta a los vientos de la disformidad e incineraba los restos para eliminar cualquier prueba de mis investigaciones. Evitar que me detectaran era de supina importancia. De manera lenta e invisible, inicié mi infiltración.

Pasó casi un año de permeación psíquica antes de estar preparado para matar a Daravek. Todo tenía que ser preciso. Tenía que ser perfecto. Esta vez no podía tomar ningún riesgo.

Aún me pregunto si actué demasiado precipitadamente.

El nombre de la criatura era un amasijo de sílabas que me costaría pronunciar en alto, a pesar de hablar varios cientos de variantes

lingüísticas de la lengua protogótica original. Esta criatura, cuyos pensamientos eran un tumulto de instintos bestiales y lealtad de esclavo hacia sus maestros acorazados, desperdició su vida en las oscuras profundidades de la fortaleza. Allí, los únicos sonidos eran los gritos de los sirvientes alzando sus voces sobre el incesante traqueteo de la maquinaria de carbón. Así fue la vida de la criatura, de principio a fin.

En este reino oscuro, la criatura se movió entre los suyos asiendo una barra oxidada y rota de casi dos metros. Clavó esta lanza primitiva en la nuca de una segunda criatura, le arrancó la cabeza y luego la usó para aplastarle la cara a un tercer esclavo. Este tercer infeliz cayó al suelo, alzando los brazos fútilmente mientras era empalado en el pecho.

La lanza, ahora doblada, era ya inútil. La criatura la dejó en el pecho de su semejante y se acercó a los demás aprovechando la hedionda y atronadora oscuridad. Podía matar a uno de ellos, quizá a dos, pero decenas de ojos rojos oteaban en la penumbra. Gritos de guerra y alaridos humanos de odio y terror resonaban entre las tinieblas.

La criatura no luchó contra los suyos. Se alejó de ellos, tomó carrerilla con tres pasos y se abalanzó contra la tambaleante maquinaria de la estación más cercana. Los pistones saltaron. Los engranajes cayeron al suelo. El último pensamiento de la criatura, a nadie sorprenderá, se vio borrado por una oleada roja de pánico y dolor. La máquina se ralentizó momentáneamente y luego dejó de funcionar.

Este proceso se repitió una y otra vez. Una de las criaturas tenía un arranque violento, atacaba sin previo aviso y mataba a sus compañeros. Muchos simplemente se lanzaron directos a los engranajes de las máquinas.

En apenas un solo minuto, once de los motores se habían parado, atascados por la masa de carne y huesos.

En una de las torres, un legionario que supervisaba el trabajo de los esclavos de alto nivel de funcionalidad contempló sin pestañear una consola que empezaba a brillar con luces rojas de alarma. Ya estaba muriendo cuando se mostraban las runas de alerta, sufrió un catastrófico infarto isquémico mientras un festival de embolias se desplegaba en su cerebro.

Aquel marine espacial —un guerrero llamado Elath Dastarenn— permaneció erguido. Se quedó de pie, con la boca desencajada y los ojos mirando al infinito, e introdujo varios códigos para desactivar las

alertas de la consola, silenciando el terminal para que no informara de sus fechorías en otras partes.

Creo que murmuró algo sin sentido mientras sus sinapsis funcionaban por última vez. Fuera cual fuera el significado de aquellas palabras, no puedo saberlo. Los cuerpos, y los cerebros que los mueven, hacen cosas raras cuando mueren.

El legionario con el rango de maestro de armas dejó de hablar mientras se dirigía a su escuadrón. Sacó el arma que tenía al costado con un gruñido lento, colocó el cañón del bólter contra su ojo izquierdo y lo disparó destrozándose el cráneo.

En una de las plataformas de la nave, una cuadrilla de esclavos mutantes trabajaba rodeada de gases tóxicos con ojos llorosos y máscaras manchadas de sangre, intentando repostar un Thunderhawk. Una de ellas sacó un lanzallamas de debajo de su manto, un arma que tenía sin permiso. Había pasado varios días construyéndolo pieza a pieza, a pesar de no tener la inteligencia necesaria para ello, y ahora lo estaba usando para bañar a sus compañeros con una ráfaga de fuego semilíquido.

Ignoró al resto de criaturas moribundas incluso cuando una chocó contra ella, prendiendo su ropa empapada de combustible. Envuelta en llamas, la mutante apuntó el cañón del lanzallamas contra la estación de repostaje de la nave en reposo, pero no salió nada cuando apretó el gatillo. Su última acción fue lanzar su propio brazo ardiendo directamente al interior del agujero que había en el tanque de promethium.

Vi la explosión apenas un minuto después desde el lugar en el que me encontraba, a varios kilómetros de distancia en una pequeña cordillera.

En otras muchas torres, los cañones antiaéreos giraban y bajaban, sin otear la baja atmósfera en busca de amenazas, sino siguiendo la ruta de vuelo del caza que patrullaba la zona. Los servidores cerebrales dentro de estas torretas se encontrarían más tarde cocidos en vida dentro de sus recipientes de fluido en suspensión. Sin embargo, mucho antes habrían disparado una y otra vez hacia el cielo, abatiendo la mayoría de sus defensas aéreas.

El cañón principal lanzó una descarga antiorbital aniquiladora que impactó contra este traicionero despliegue por culpa de los más de cincuenta servidores monotarea que se activaron sin seguir ninguna

orden, anulando todos los protocolos de seguridad y sobrecargando las células de energía mal mantenidas que había en la base del arma. Los tres tecnosacerdotes que debían supervisar el funcionamiento del cañón principal se habían matado entre ellos sin previo aviso ni razón, actuando en frío y calculado silencio, abandonando de este modo la guardia del servidor.

Esa explosión la vi también. Fue considerablemente más brillante que la primera.

La energía empezó a fallar por toda la fortaleza. En parte, porque las cuadrillas de esclavos empezaron a matarse entre ellos; en parte también, por el sabotaje de diversos generadores. Y además, porque uno de los soldados de élite del propio Daravek, otro de esos legionarios con una armadura que apenas logra contener la masa de carne hinchada por su dolencia, había mezclado varias fusiones de cargas en su cuerpo y las había detonado en el motor de plasma tricortical que controlaba la refrigeración de todo el distrito de reactores de la fortaleza bajo la superficie del planeta.

En las profundidades del lugar se desató una revuelta cuando un legionario desactivó las celdas de los prisioneros, inundando los niveles inferiores del castillo con alimañas de la disformidad, mutantes involucionados y cautivos mortales que iban a ser servidos como comida. El legionario se cortó el cuello con su espada sierra antes de presenciar los frutos de su labor, y el transmisor de su gorjal que demandaba un informe ya no recibió más respuesta que su último aliento gargajeando con sus cuerdas vocales destrozadas.

Un gran número de legionarios irrumpió en los barracones y armerías de la compañía, masacrando a sus compañeros sorprendidos y a los esclavos con armas. A su vez, todos y cada uno de estos guerreros fue asesinado por sus hermanos, pero no sin antes haber hecho todo el daño posible. De entre cada escuadrón victorioso, otro guerrero se sublevaba entonces sin aviso, descargando su bólter a quemarropa contra las espaldas y cabezas de sus hermanos, o arrancándoles los brazos con una espada de energía antes de que los supervivientes lo granan derribarlo.

De muchos de esos cadáveres liberaron más demonios, seres sin alma que perecieron en el suelo junto a los cuerpos que habían poseído. Hubo otros que abandoné allí donde cayeron, trasladando mis

sentidos y consciencia hasta los siguientes guerreros cuyas almas había pasado meses estudiando en preparación para esta noche.

Uno a uno, muerte a muerte.

Recuerdo a cada hombre, mujer y niño cuya mente he tocado, cuyo cuerpo he controlado, cuya carne he vaciado como nido para un parásito demoníaco, básicamente por lo que soy. El cerebro de un legionario está construido para retener todo lo que ha visto desde el momento de su despertar como marine espacial hasta el último segundo de su muerte.

Alejado de la fortaleza, me encontraba sudando en mi armadura y conjurando, conjurando sin descanso, agazapado en los confines de un agujero que había cavado con mis propias manos. Aunque mi consciencia estuviera fuera de mi cuerpo, sentía mi forma física reaccionando a la presión a la que lo sometía con semejante despliegue psíquico a distancia: el dolor de mi columna doblada, el movimiento de la saliva en mi boca, los espasmos dolorosos de mis dedos inquietos.

Meses y meses de preparación habían llevado a este momento. Pasando de espíritu en espíritu y de cuerpo a cuerpo, me moví por la fortaleza tocando algunas mentes con una mera caricia, amplificando sus instintos más básicos y desatando su deseo de sangre. A otros, a los que estuve preparando de forma sutil y velada durante muchos meses, los invadí personalmente de forma salvaje y precisa, expulsando su consciencia al vacío y reescribiendo la función de sus músculos y huesos a voluntad.

Incluso entre aquellos a los que llevaba meses espionando, vaciándolos para este propósito en concreto, encontré una tenaz resistencia. Yo estaba cansado y sus almas eran fuertes, así que en vez de malgastar tiempo intentando vencer sus defensas, decidí moverme a otros cuerpos. Estaba demasiado centrado en mi trabajo como para mantener un seguimiento de todos los intentos fallidos, pero en más de un distrito de la fortaleza mis intentos para sublevar a los esclavos contra sus amos terminaron fracasando, igual que mis intentos por obligar a la Death Guard a masacrar a sus esclavos.

Aun así, el proceso funcionaba.

Las mamparas que conducían a vías de escape estaban selladas y bloqueadas, los procesos mecánicos no funcionaban. Los pasillos se habían derruido con explosivos. Las naves que lograron despegar

fueron abatidas por el fuego de las almenas. Sección a sección, distrito a distrito, la fortaleza fue cayendo en la oscuridad y el caos. Un año de trabajo que culminaba en una sola noche. Las fauces de la trampa se iban cerrando poco a poco.

No era perfecto, pero por obra del Gran Mutador, estaba muy cerca de serlo. Pero que muy cerca.

Pronto sería hora de dar caza a Daravek. Clavé mis garras en una última mente vulnerable, arrancando su mente violada e implantando la mía en su lugar. Me asenté en este nuevo huésped, reuní fuerzas y esperé.

Daravek no era, en absoluto, una presa fácil, y desde luego tampoco un idiota. Había reaccionado con precisión y competencia, moviéndose por la fortaleza, aplacando las revueltas con la brutalidad de su hacha y ordenando que se sellaran secciones enteras de la fortaleza, para luego inundarlas con toxinas alquímicas que aniquilaran a toda resistencia viviente. Eso habría funcionado si se hubieran sellado las secciones, pero muchos de sus líderes de unidad y subcomandantes eran ya despojos sin cerebro que no llegaron a cumplir las órdenes o simplemente fueron asesinados por sus subordinados antes de poder actuar. En muchos casos, estaban muertos antes incluso de recibir las instrucciones.

Pero a pesar de todos los preparativos, me encontraba alimentando un fuego a toda prisa y con herramientas imperfectas. Daravek notó mi cercanía. Sabía lo que estaba pasando, que este era el pago por hacer frente a Abaddon cuando este le tendió la mano. Ya lo había visto antes, no a esta escala de precisión, pero conocía a quien empuñaba la espada.

—Khayon está aquí —dijo.

Detuvo su avance destructor en una de sus cámaras rituales, exigiendo respuestas a los guardaespaldas que quedaban a su lado. Estos resistieron con lealtad estoica y regia.

Cuando sus ojos se posaron en los míos, sentí la toxicidad de su aliento contra mi cara de mutante. —Tychondrian —me dijo—. ¿Qué hay de ti, hermano?

Gruñí a través de una boca llena de colmillos que la disformidad había desfigurado, convirtiéndola en un arma de absoluta letalidad.

—No, mi señor.

Él se rio. Juro por el Panteón que lo estaba disfrutando. —Sois una panda de inútiles que podríais estar mintiendo. Pero no importa, el

día está lejos de terminar. Tenemos que salir a órbita. Iremos allá donde ese perro de Abaddon no pueda perseguirnos.

La cámara se sacudió de nuevo con la discordia que había orquestado por toda la fortaleza. Daravek se alejó de mí y posó su mirada sobre el siguiente guerrero de su círculo interno. Lo único que tenía que hacer era cambiar mi postura, alargar mi sombra bajo la titilante luz sobre nuestras cabezas y conseguir que tocara la de Daravek en comunión tenebrosa.

Lancé mi orden psíquica para dirigirla hacia ese espacio de breve oscuridad.

«Ahora».

Los lince prosperinos, extintos por la aniquilación de mi planeta hogar, recibieron ese nombre por razones comparativas. Antes de su destrucción, se parecían a los igualmente extintos gatos-tigre de la antigua Terra o a los *smilodon* dientes de sable, mucho más que a cualquier otro felino: especialmente musculosos, fornidos, llenos de fuerza y decorados a rayas como alerta natural para avisar a otros depredadores. Sin embargo, conseguían eclipsar en tamaño incluso a esas bestias prehistóricas. La gran cabeza de un lince prosperino, armada con un arsenal de dientes afilados, podía llegar a la altura de la pechera de un guerrero de la Legión Astartes.

Y eso mismo es lo que surgió de la sombra de Thagus Daravek. Con las garras por delante, la bestia apareció de entre las sombras y se lanzó, rugiendo, contra la espalda del guerrero con un movimiento de agilidad imposible.

Su forma era la de un lince prosperino, pero su esencia era puramente demoníaca. Esta criatura no poseía carne ni sangre, y su pelaje —negro y con rayas de un gris más suave— se acercaba más al humo que al pelo. Sus garras eran del tamaño de gladius y estaban hechas de cristal volcánico. Sus ojos eran de esa clase de blanco que quema.

Me moví en cuanto aterrizó. Me giré hacia el guerrero que tenía a mi lado, activando las garras eléctricas que llevaba como guanteletes. Podría —*debería*— haber acabado con dos de los demás guardaespaldas antes de que pudieran reaccionar, pero me frenó el peso poco familiar de la armadura que portaba. Además, las garras eléctricas tampoco eran un arma a la que estuviera acostumbrado. Ataqué al soldado más cercano pero las cuchillas se quedaron clavadas en el cadáver

durante unos preciados segundos. Cuando las saqué por fin, mi oportunidad para matar a Daravek se había esfumado: aunque seguía luchando contra el peso y la furia del felino demoníaco, sus otros guardaespaldas se habían colocado entre nosotros.

La realidad se convirtió en una serie de destellos de instinto y memoria corporal, clavando, empujando y rebanando con las dichosas garras. Pese a haber expulsado la consciencia de Tychondrian, su cuerpo aún se resistía a mi control. Era más fuerte de lo que esperaba, y eso me demoró.

Para cuando llegué hasta Daravek, el cuerpo de Tychondrian no era más que un despojo maltrecho y sangrante. Apenas habían pasado unos segundos, pero para un asesino era una eternidad, cada latido contaba. El sabor de la derrota ya se estaba volviendo amargo en mi lengua. Viendo al acosado Daravek luchando contra el feroz lince, supe que no tenía fuerzas para acabar con él con la forma hecha trizas de Tychondrian.

«Nagual», envié. Hasta mi voz interior sonaba agotada. Tychondrian se estaba muriendo y la distracción de la fatiga superaba al dolor de sus músculos y el fallo de sus órganos. Me quedé apoyado en una sola rodilla, incapaz de levantarme mientras el cuerpo fallecía. «Nagual... Acaba con él...».

«Amo», respondió el lince, reconociendo mi autoridad.

Realmente, no intercambiamos ni una sola palabra, solo un breve contacto entre consciencias, pero el lince comprendió mi intención. Aunque estaba solo. Daravek disparó una ráfaga de llamas alquímicas desde sus muñecas, bañando a la criatura que tenía enganchada a la espalda y los hombros como un manto viviente. El cuerpo humeante de Nagual prendió fuego y la bestia se desvaneció.

Perdiendo el equilibrio de repente por la falta del peso de la bestia, a Daravek le costó un momento girarse y recuperar la estabilidad. En ese mismo segundo, el felino demoníaco rugió desde mi sombra y se lanzó una vez más contra el señor de la Death Guard.

«No puedo matar solo», me transmitió Nagual mientras sus colmillos hacían saltar chispas al rascar la ceramita de las hombreras de Daravek. Sus garras encontraron un objetivo mejor, destrozando algunas partes de la armadura y abriéndose paso hasta la carne que escondían, pero cada herida que infligía se curaba casi tan pronto como era provocada. «Presas bendecidas. Don del Señor de la Putrefacción. Don del Gran Mutador. No puedo matar solo».

No podía levantarme. No podía disparar. El brazo que alcé no terminaba con el b6lter de dos ca6ones empu6ado por una mano, sino que terminaba abruptamente en el codo, amputado momentos antes por la espada de uno de los otros guardaespaldas.

—Khayon —Daravek escupi6 mi nombre con la boca sanguinolenta, caminando hacia m6 lentamente, paso a paso—. Te veo.

Los gru6idos del demonio se volvieron fren6ticamente felinos cuando Daravek agarr6 la cabeza de Nagual que asomaba por su hombro y empez6 a hundir los dedos en su cr6neo.

«¡Amo!».

Me liber6 de la in6til carcasa en que se hab6a convertido Tychondrian, sufriendo la vulnerabilidad de una forma et6rica invisible. Mi cuerpo, mi verdadero cuerpo, estaba a kil6metros de all6: agazapada, enfrascada en los c6nticos y completamente in6til. Sent6 en el aire a mi alrededor la amenaza de los demonios sin forma atra6idos por mi esp6ritu sin anclaje, deseosos del sabor de un alma humana. Pero no hab6a tiempo para andarse con ojo.

Me arremolin6 alrededor de Daravek, infiltr6ndome en las grietas de su armadura y abri6ndome paso por los poros de su piel, hundi6ndome en la carne hasta su mente. La posesi6n es una de las formas m6s desesperadas y complicadas de atacar un alma. Raramente funciona sin una preparaci6n intensiva y no hay duda de que me sent6 como si le hubiera puesto una cuchilla en la garganta. Sumergirse en un alma implica una horrible sensaci6n de sentidos que se solapan mientras el cerebro alberga dos esp6ritus, despertando la mente con dolorosos destellos de recuerdos entremezclados y enviando fuertes pu6aladas de activaci6n sensorial a los nervios 6pticos, completamente sobrecargados.

Pero esta vez no. El esp6ritu de Daravek era f6rreo. Intentar adue6arme de su carne fue como gritar en una tormenta, me vi absolutamente sobrepasado por su fuerza. Me repeli6 de su carne con pura fuerza de voluntad, y lo mismo hizo con el felino demon6aco con la fuerza de sus m6sculos.

Estaba herido y agotado, aislado de los supervivientes de su ej6rcito y rodeado por una fortaleza que se derrumbaba sobre 6l. Pero segu6a vivo. Se gir6, sin prestar atenci6n a la sangre que hab6a vomitado sobre su pechera, expulsando podredumbre entre sus dientes mientras me buscaba con los ojos inyectados en sangre.

No, no me buscaba a mí. Estaba buscando a mi aliado, al traidor que se había destapado entre todo el caos.

—Ilyaster.

Uno de los miembros de su círculo interno aún seguía vivo. Ilyaster, la criatura paciente y maltrecha que servía como heraldo de Daravek, seguía en pie con la guadaña de su señor en sus manos. Él también había sufrido daños por la refriega, su armadura cataphractii estaba hecha polvo y lanzaba chispas desde el generador de energía que tenía incrustada. Yo no lo toqué ni tampoco mi compañero demoníaco.

Ilyaster sacó el arma ceremonial del cadáver del hermano al que había decapitado y la levantó contra su propio señor.

—Tú... —La boca de Daravek escupía sangre negra mientras regurgitaba su acusación—. Me has traicionado. Has traído al perro de Abaddon. ¡Tú!

El lince tenebroso se movió a un lado e Ilyaster al otro, herido pero decidido.

Ahora. Tenía que ser ahora. Daravek acabaría con los tres si le dejábamos retomar el control de la batalla.

Pero yo no tenía nada con qué atacarle. Me lancé hacia él una vez más. Me repelió sin esfuerzo, tan desafiante como si su alma estuviera recubierta de acero.

Debilitándome por momentos, volví a su mente desvaneciéndome hasta ser la nada, ocultando toda mi presencia para evitar que me repeliera por tercera vez. No necesitaba controlar su cuerpo, solo robar una mera oportunidad.

Esta vez no hubo asalto. Fue como sintonizar, como armonizar con los procesos mortales de su ser. Fluí a través de su forma física, nadando entre su sangre, sintiendo el sonido de la adrenalina y los impulsos eléctricos de su sistema nervioso.

«Dolor».

Invoqué unos pulsos ardientes que danzaran en la telaraña de sus nervios, obligando a que sus músculos se contrajeran, se doblaran con un espasmo.

Fue suficiente. Suficiente para aflojar el agarre de su hacha, suficiente para paralizarlo lo que dura un suspiro.

La bestia demoníaca se convirtió en un martillo sombrío con garras que impactó contra mi cara y mi pecho. La guadaña ceremonial

se clavó en mi costado. Sentí cómo caía al suelo, derrumbado por el peso del cuerpo al que había llenado de sufrimiento.

«¡Comida!». El demonio gruñía con cada golpe de sus garras. «¡Comida! ¡Sangre! ¡Carne! ¡Vida!».

En ese momento, yo era Daravek. Cada palabra era como un trueno en mi cráneo fracturado. El demonio, esbirro del perro asesino de Abaddon, me estaba destrozando. No podía moverme. Mi armadura había quedado hecha pedazos por mi propia guadaña ceremonial en manos de Ilyaster.

Y aun así, estaba riendo. Daravek se reía. Yo no tenía fuerzas para provocarle esa reacción.

«Khayon». Pronuncié mi propio nombre, obligando a mi espíritu a recuperar la cohesión, a mantenerme centrado. «Soy Khayon. Me llamo Khayon».

Los recuerdos, dolorosos con la intensidad del ácido, pasaron por mis ojos. Recuerdos de guerreros con los que nunca me había encontrado y guerras que no había librado. Por extraño que parezca, resulta que si Daravek me odiaba era precisamente por esto mismo. Esta violación de sus pensamientos, este insulto flagrante a la vida dentro de su cabeza. Y aun así, su odiosa risotada resonaba en mi interior.

Le dio un manotazo a Ilyaster lo bastante fuerte como para destrozar su pechera y se movió hacia las inmensas puertas que llevaban a la cámara de teletransporte de la fortaleza. Tenía que detenerle. Tenía que matarle.

Pero no pude. No podía mantenerme dentro de su forma. No me lo permitiría. Me expulsó de su cuerpo con la facilidad con que un hombre aparta a un insecto. Mi confusión solo le hizo más fácil separar mi consciencia de la suya, y lo hizo con una silenciosa carcajada psíquica.

«¡Casi, Iskandar! ¡Casi lo consigues!».

Me repelió con tal brutalidad que perdí la noción de todos los sentidos y sensaciones. No veía nada, no sentía nada, solo me movía entre las tinieblas. Con mis fuerzas agotadas, solo me esperaba el vacío.

Durante un tiempo, dejé de existir. Durante un tiempo, estuve más allá de la consciencia. En esa oscuridad profunda y atemporal, solo recuerdo una cosa: cuando empezó a terminar. Me llegó una sensación de dientes, mandíbulas que se cerraban en la nada. Un arma dentada

se hundió en lo que quedaba de Iskandar Khayon, clavándose en la materia de su alma perdida.

Esos dientes detuvieron mi caída sin fin y me dejaron abrazando el dolor... un dolor que me devolvió a la realidad.

Me desperté con el tamborileo sin ritmo de mis dos corazones bombeando en mi pecho y una bocanada de aire amargo que se abría paso hacia mis pulmones. Recuperé la visión, aunque lentamente; solo veía figuras y manchas borrosas.

Cuando mis músculos dejaron de moverse con espasmos, conseguí ponerme en pie tambaleándome, sorprendido por lo débiles que sentía las piernas. El sudor empapaba mi cuerpo formando una desagradable capa grasienta. Se me había secado sangre en los ojos, los oídos, la nariz y la boca. La presión en el cráneo empezaba a aliviarse según cogía grandes bocanadas de aire, dando combustible a mis pulmones estancados y mis corazones agotados.

Nagual surgió de la sombra proyectada por mi figura desvalida, lamiéndose la sangre de sus dientes de obsidiana.

«¿Amo?», preguntó el lince demoníaco, como si no estuviera delante de él.

«¿Lo habéis conseguido?». Estaba tan fatigado que ni siquiera estaba seguro de estar pronunciando esas palabras fuera de mi propia cabeza, menos aún de estar transmitiéndolas al demonio. «¿Está muerto?».

El gran felino se giró hacia la fortaleza en llamas, a kilómetros de distancia y mucho más hundida en el desierto.

«Presa escapado. No pude matar sola. Tenía que salvarte, amo. Tu alma perdida».

Agotado, exhausto, dejé escapar un suspiro en el hediondo viento de este mundo sin nombre y alcé la mirada hacia las estrellas, donde Thagus Daravek y sus soldados supervivientes estarían ya a salvo a bordo de una de sus naves, sin duda partiendo hacia otro santuario oculto que me costaría años encontrar.

Derrotado, por quinta vez, bajé la mirada hacia el lince. Volvería a la fortaleza y la reclamaría para Abaddon. Investigaría si Ilyaster seguía vivo. Y después, tras este último fracaso, volvería a casa.